

La inviabilidad del desarrollo sostenible en una sociedad- archipiélago

Marcelo Cavarozzi y Guillermo Rozenwurcel

Resumen Ejecutivo

Hace décadas Guillermo O'Donnell recurrió a la expresión del “juego imposible” para ilustrar los bloqueos que aquejaban a la política argentina de mediados del siglo pasado. En esos años, asimismo, Torcuato Di Tella y Juan Carlos Portantiero, acuñaron la expresión de “empate hegemónico” para aludir a la lógica que alimentaba el antagonismo entre bloques opuestos. ¿Porqué ambas imágenes resultaban atractivas? Porque evocan un funcionamiento social perverso: el estancamiento y al agravamiento de los cuellos de botella internos y externos, fenómenos asociados a la circunstancia que las principales fuerzas no tienen la capacidad para imponerse uno al otro, pero si la suficiente para boicotearse, o bloquearse”. Si bien esas metáforas surgieron cuando el país todavía transitaba la etapa autoritaria, sus argumentos mantienen actualidad; las peripecias de treinta y ocho años de democracia dejan en claro que la Argentina no ha logrado apartarse de trayectorias en las cuales las penurias económicas y las tribulaciones de la política no han hecho más que acrecentarse.

Sin embargo, estos argumentos resultan a esta altura insuficientes para captar las complejidades de la economía y la política de la Argentina en la actualidad: los aqueja un sesgo estático que les hace perder de vista los procesos socio-económicos y políticos de la Argentina a partir del período de entreguerras. En general, que cada ciclo modificaba significativamente las reglas del juego heredadas de la etapa previa y en particular, que en la segunda mitad de la década del 70 del siglo pasado --entre 1975 y 1982-- se produciría una divisoria de aguas que agravaría los rasgos arrastrados de las décadas previas y modificaría significativamente los modos en las que dichas crisis se manifestarían políticamente.

En estas notas comenzamos por explorar la hipótesis que desde la década del 30 del se fueron armando siglo XX sucesivos juegos que se “acumularon sedimentariamente” para configurar una compleja arquitectura económica, social y política signada por recurrentes crisis. En este contexto tan inestable, una constante perdura a través de los sucesivos “empates”: el conflicto estructural entre los sectores exportadores –predominantemente agrarios y agro-industriales—y los trabajadores urbanos y otros sectores medios, que a menudo han celebrado pactos implícitos con los empresarios industriales protegidos, y cuya canasta de consumo incluye una alta proporción de alimentos y otros bienes transables. La manifestación más evidente de ese conflicto puede rastrearse a través del tiempo en la extrema volatilidad de la relación entre tipo de cambio y salarios.

Aunque persiste una continuidad fuerte a lo largo de todo este devenir histórico que justifica las imágenes de “juego imposible” y “empate hegemónico”, el enfoque que proponemos subraya, en contraste con esas posturas, que los rasgos, estrategias y conductas de los actores que han integrado las alianzas sociales y han ocupado las diversas arenas de la política han experimentado grandes cambios en los últimos 45 años y que, paralelamente, los sucesivos “empates” han variado de carácter, es decir, se ha llegado a ellos con los distintos actores mutando y transitando itinerarios diversos, al mismo tiempo que los efectos del juego no han sido los mismos década tras década. Es la conflictividad de carácter “retrospectivo” que permea ese devenir al menos desde la crisis de la década del 30.

Una versión más reciente de la visión del empate hegemónico, devenido ‘catastrófico’, asociada a la invocada persistencia de “la grieta” que parte a la Argentina en dos, es la postulación de la existencia de un par de bloques sociales y políticos de peso relativamente equivalente que oscilan entre momentos acuerdistas y adversariales, uno encarnado en el peronismo y el otro en el antiperonismo. El corolario de esta visión es que el principal obstáculo que enfrentaría la Argentina es la ausencia de un clima de convivencia y la carencia de pactos sociales que permitirían instaurar mecanismos institucionales sólidos que perduren más allá de la alternancia de gobiernos de uno u otro signo. El núcleo de este enfoque es presuponer (1) que los actores sociales y económicos están claramente constituidos y que subsisten a lo largo del tiempo sin sufrir modificaciones sustanciales y (2) que los dos supuestos bloques o alianzas, el “ofensivo” y el “defensivo” si adoptáramos la terminología que proponía Guillermo O’Donnell en su clásico artículo *Estado y alianzas en la Argentina; 1956-1976*, están “en última instancia” determinados por sus intereses económicos y que, en definitiva, los diferentes planos --el social, el económico y el político-- que moldean a los bloques están entrelazados más o menos armónicamente.

Nuestra hipótesis se aparta de la idea del empate por dos razones. En primer lugar, porque la Argentina ha devenido una “sociedad derrotada” donde la gran mayoría de la población pierde por goleada y los únicos ganadores sistemáticos son quienes pertenecen a la selecta minoría de los integrados a la economía global, cuyas ganancias más significativas provienen de su capacidad de *exit* a la que se refería Albert Hirschman. Contrariamente a una Argentina **partida en dos**, lo que asoma, en las dos últimas décadas sobre todo, es una Argentina **fragmentada en “mundos sociales”** crecientemente aislados entre sí, en la que la economía está estancada y la política ha perdido buena parte de su capacidad de generar lazos vigorosos, sea de comunión o de rechazo, como los que habían prevalecido durante el siglo XX. Prevalece la incertidumbre y los cálculos de corto plazo tanto de los empresarios rentísticos, la aristocracia sindical, los políticos corruptos y clientelistas y los más pobres condenados a sobrevivir con magros subsidios públicos a menudo atados al favor del patrón territorial o corporativo de turno. Todo ello en un contexto de descalabro fiscal que corroe radicalmente todo intento de reconstruir una autoridad pública que ordene itinerarios previsibles. En segundo lugar, porque la postulación de un empate presupone equivalencias significativas entre los mapas de enfrentamiento de cada uno de los planos de conflicto; en cambio los que predominan son marcados deslizamientos entre cada uno de dichos planos por lo cual los agrupamientos que se producen no se traducen en superposiciones equivalentes, sino en disyunciones entre lo socio-cultural, lo económico y lo político.

En otras palabras, la relativa homogeneidad de la sociedad argentina subyacente a las visiones del empate hegemónico de Portantiero o del juego imposible de O’Donnell fue disolviéndose progresivamente y, en su lugar, fue emergiendo una sociedad cada vez más heterogénea que tornó anacrónica la visión del conflicto distributivo como un enfrentamiento que involucraba apenas a las corporaciones empresarial y sindical por un lado y los sectores exportadores – básicamente agrarios y agroindustriales- por el otro, mediado por un sistema político y un Estado con cierta capacidad de arbitraje.

Aunque la Argentina comparte muchos de los problemas de las demás economías latinoamericanas, su prolongada crisis estructural tiene rasgos idiosincráticos: ya lleva casi medio siglo y puso al país en una inédita trayectoria de declinación económica y social. Esta trayectoria no encuentra modelos normativos comparables a escala internacional. Perdido el impulso desarrollista del modelo de economía cerrada, el país tendió a estancarse y los conflictos distributivos tendieron a procesarse, cada vez en mayor medida, a través de un proceso inflacionario de naturaleza estructural, que devino inercial y, eventualmente, alcanzó picos hiperinflacionarios a fines de los ochenta e inicios de los noventa, con una mediación estatal crecientemente irrelevante. Paralelamente, el ciclo ‘go-stop’ característico de la época del

empate hegemónico se transformó en 'go-crash' desde que el país comenzó a acceder intermitentemente a los mercados financieros internacionales.

La desaparición del país relativamente dinámico, homogéneo e igualitario de la segunda posguerra tuvo su correlato en una atomización de las bases sociales del peronismo. Hoy, la heterogeneidad y la fragmentación son la nueva cara de una "sociedad-archipiélago" (Gerchunoff). La nueva configuración social la protagonizan actores desconectados entre sí: una franja internacionalizada y privilegiada (que incluye al sector agro-exportador, a los nuevos emprendedores, profesionales y empresas de base tecnológica con acceso a los mercados externos); una de empresarios y trabajadores formales cuyos ingresos dependen de los vaivenes del mercado interno; y finalmente los pobres que sobreviven en la periferia de las grandes ciudades o en regiones aisladas del interior del país. Este nuevo entramado social conlleva, a su vez, una nueva dinámica de cooperación y defección que Gerchunoff describe en los términos de Albert Hirschman. Como ya señalamos más arriba, los globalizados, gracias a su autonomía, pueden escapar de los condicionamientos nacionales expatriando sus capitales, es decir, optando por el exit. Quienes consiguen mantenerse en la economía formal, sin posibilidad de defección, son los que conservan su lealtad al viejo modelo. El creciente grupo de excluidos desarrolló una voz propia fuerte e intensa, pero que no se procesa a través de los canales tradicionales más o menos institucionalizados. Sin reconectar las diferentes islas no habrá desarrollo económico posible.

Paradójicamente y a pesar de todo esto, junto a la exclusión generada por las políticas fallidas de ingreso, desarrollo y educación, en el país se arraigó, como nunca antes, una cultura política democrática de alternancia de gobiernos a través de elecciones, a la vez que se consagraron valiosos derechos civiles. La democracia nos dio simbólicamente lo que no pudo darnos materialmente— reconocimiento y respeto social a ciertos actores antes ignorados y relegados. Una transformación con más reconocimiento social aunque mucho más inequitativa (Yumatle).

Como señala Yumatle, todo esto nos coloca ante un nuevo escenario. Por un lado, la recurrencia cíclica de debacles económicos ha menguado los recursos para revertir un problema de desarrollo que, a cada paso, se ha ido agravando. Por otro lado, la Argentina transcurre una crisis interna singular, al mismo tiempo que se deslegitiman los parámetros valorativos mundiales que rigieron hasta hoy. El mundo industrializado también busca una nueva articulación entre democracia y capitalismo que permita, no simplemente un acuerdo partidario, sino un nuevo equilibrio entre clases sociales. La peculiar convergencia histórica de una crisis idiosincrática argentina con una de orden mundial hace inescapable la tarea de comprender el presente para poder pensar el futuro.

En un artículo reciente, Levy Yeyati sostiene que Argentina está sobre-diagnosticada pero sub-ejecutada. Es decir, que existe un consenso alrededor de las políticas públicas pero carecemos del músculo político para implementarlas. Nuestro argumento sugiere que esa sobre abundancia de diagnósticos convive con un desconocimiento de los nuevos actores sociales y las alianzas necesarias para la cooperación social. La parálisis respondería no a la falta de voluntad ni a un mero problema de estrategia política. Responde, más bien, al desconocimiento y la orfandad (Yumatle).

Por un lado, desconocimiento de la morfología socio-política compleja que dejó el péndulo entre exclusión económica y expansión de derechos desde el retorno a la democracia, que impide vislumbrar qué nueva alianza entre clases sociales y Estado nos permitiría imaginar un desarrollo sostenible.

Orfandad, por otro lado, con respecto a un proyecto de país que replantee el equilibrio entre democracia, Estado y capitalismo para los desafíos contemporáneos que presionan sin antecedentes

históricos sobre los sistemas políticos en el mundo. En el 83 nos reconocíamos colectivamente en la conquista democrática. Hoy ésta menguó su intensidad inspiradora. Debemos re-conocernos y re-pensarnos en un contexto histórico que no sabemos cómo nombrar y ante un mundo que no nos ofrece guías. Ambas crisis—la argentina y la del mundo occidental—suponen la erosión de la creencia en el progreso material que ha sido la promesa del capitalismo moderno. Esto conlleva profundas consecuencias políticas y culturales que debemos aprehender. Sólo entendiendo el nuevo “espíritu de nuestro tiempo” destrabaremos la parálisis política.